

to punto, y así es que se reproducian las ideas de la Asamblea constituyente, aunque moderadas por el trascurso del tiempo. A la sazón Mr. de Talleyrand, que aborrecia la disputa, se hallaba resuelto á dejar á los senadores á sus anchas, si bien recomendándoles tres cosas: ir de prisa, ligar á los Borbones al llamarlos, y para el mejor logro de este fin establecer el Senado en la constitucion á título de cámara alta de la monarquía restaurada. Así aspiraba á contentar al Senado, del qual se necesitaba entonces, y á oponerle como obstáculo contra la emigración. Tras de este consejo Mr. de Talleyrand abandonó la obra, y de los miembros del gobierno provisional solamente quedó sobre el terreno el abate de Montesquieu, disputador pertinaz y altanero y muy empeñado en saber qué condiciones se impondrían á los Borbones, de los cuales era secreto y fidelísimo agente.

Vivos fueron los debates entre los senadores encargados de redactar la constitucion y este personaje. Véase ahora sobre qué versaron las discusiones. Ante todo queria el Senado que Luis XVIII, hermano y heredero del infórtunado Luis XVI, despues de la muerte del ilustre huérfano á quien se dejó preso en el Temple, se considerase como *libremente*, llamado por la nacion, y en el ejercicio del poder real solo despues de que prestara juramento á la constitucion nueva. Sin duda se dio-gian á este príncipe á causa de su origen real, cuyo valor hereditario se reconocia de este modo; pero se le iba á buscar *libremente*, y se le adoptaba á *condicion* y en virtud del derecho que tenia la nacion de disponer de sí misma. Así pretendia el Senado conciliar uno y otro derecho, el de la anti-

gua dinastía y el de la nacion, admitiéndolos ambos, y enlazándolos por virtud de un contrato recíproco. Una vez establecido este punto, vivamente disputado, venia la cuestion de la forma de gobierno, sobre la cual afortunadamente no habia disputa ni aun entre los espíritus mas encontrados. Así un rey inviolable, depositario único del poder ejecutivo, ejerciéndolo por medio de ministros responsables, compartiendo el poder legislativo con dos cámaras, una aristocrática, otra democrática, era universalmente admitido. Solo versaba la divergencia sobre ciertos pormenores en punto á la práctica de este sistema. Los espíritus imbuidos en las preocupaciones de la Asamblea constituyente deseaban que las dos cámaras gozaran de la iniciativa con respecto á la presentacion de las leyes, conservando siempre al rey la facultad de sancionarlas, facultad que realmente nadie pensaba en disputarles. Aun no se habia aprendido entonces por experiencia que bajo esta forma de gobierno lo esencial para las cámaras consiste en llegar á favor del mecanismo de la constitucion á obtener ministros elegidos por ella. Obtenidos estos ministros, por lo general hacen las leyes deseadas, pues de otro modo, obligados los ministros á presentar y plantear leyes contrarias á sus deseos, por fuerza serian sus menos sinceros ó mas torpes ejecutores. Así por falta de experiencia se discutia acerca de la importancia de la iniciativa. Tambien por inexperiencia, ó mejor dicho, bajo el influjo de experiencias harto recientes y harto dolorosas, se hablaba de quitar al rey el derecho de paz y de guerra, siempre olvidando que todas estas prerogativas que se reivindicaban para las cámaras, se encuen-

tran contenidas mucho mas convenientemente en una sola, la de apartar ó atraer á voluntad los ministros, que, siendo los elegidos de la mayoría, hacen segun sus deseos la paz ó la guerra. Finalmente, otro asunto no mas que de circunstancias, el concerniente á la formacion de las dos cámaras era objeto de numerosos debates. La segunda cámara, llamada *baja* por los ingleses, dotados de sobrado orgullo para no atenerse á las palabras, sino á las cosas, no daba margen al menor disenti- miento. En vez de hacer que la nombrara el Senado de los candidatos presentados por los cuerpos electorales, segun se practicaba en los dias del imperio, se convino en que por los colegios electo- rales se nombrara directamente, remitiendo á la legislacion ordinaria el cuidado de organizar estos colegios. Con motivo de la cámara alta se suscita- ba el conflicto mas grave. Mr. de Talleyrand y sus colaboradores querian que, bajo la monarquía res- taurada de los Borbones, toda la influencia perte- neciera al Senado, compuesto de los hombres mas ilustres de la revolucion y del imperio. Esto fuera lo mas de desear de seguro, pues los miembros del actual Senado tenian sobrada costumbre de su- mision para que se mostraran indóciles ante la anti- gua dinastía, y estaban harto imbuidos en las má- ximas de la revolucion francesa para que dejaran de oponer á la emigracion un obstáculo insupe- rable. Asi Mr. de Talleyrand les habia alentado á que se establecieran sólidamente en la nueva cons- titucion, declarándose pares hereditarios. En esto se hallaba plenamente acorde con el emperador Alejandro, porque, teniendo cerca de sí este príncipe generoso y entusiasta á su antiguo maestro,

Mr. de Laharpe, por cuyo conducto se puso en re- laciones con los senadores liberales, abundaba en- teramente en sus ideas, repugnaba poner á Fran- cia bajo el yugo de la emigracion, despues de di- bertarla del yugo del emperador, y queria servirse exclusivamente del Senado, asi para destronar á Napoleon como para ligar á los Borbones al tiempo de su vuelta.

Alentados en estas vias por convicciones sinee- ras, por sus intereses, por altas aprobaciones, los senadores no pensaban hacer las cosas á medias. Querian que el Senado entero formara la cámara alta bajo los Borbones, y para no verse anegado por una inmensa promocion de pares procedentes de la emigracion, pretendian limitar el número de los miembros de esta cámara al número actual del senadores, y conceder solo al rey la facultad de lle- nar las vacantes, facultad singularmente restrin- gida, por admitirse la pairía hereditaria. A estas ventajas políticas tenian proyecto de añadir venen- tajas pecuniarias, adjudicándose la propiedad de su dotacion, que se distribuiria á partes iguales entre los senadores vivos. Además, para que no pareciera que pensaban exclusivamente en sí pro- pios, los senadores querian tambien que el Cuerpo legislativo actual formara la cámara *baja* de la mo- narquía hasta su sucesivo reemplazo, al ob.

Al fin venian los puntos sobre los cuales habia unanimidad; la votacion de los presupuestos por las cámaras, la igualdad ante la ley, la inamovili- dad de la magistratura, la libertad individual, la libertad de cultos, la libertad de imprenta, salvo la represion de los delitos por los tribunales, la iguala admisibilidad de los franceses para todos los em-

pleos, la conservación de los grados y de las dotaciones del ejército, el sostenimiento de la Legión de honor, el reconocimiento de la nobleza moderna con restablecimiento de la nobleza antigua, el respeto a la deuda pública, la irrevocabilidad de las ventas de los bienes llamados *nacionales*, y, por último, el olvido de los actos y de las opiniones por que todos y cada uno se hubiesen señalado desde el año de 1789. Así desde esta época se estaba de acuerdo, salvo algunos puntos de circunstancias, sobre la forma de monarquía, calificada de *constitucional*, consistente en un rey hereditario, inviolable, representada por ministros responsables ante dos cámaras de origen diverso y formadas de modo de tener medios de plegar á su opinión á los ministros; monarquía que no es inglesa, ni francesa, ni alemana, sino de todos los países y de todos los tiempos, como que es la única posible desde que se rechaza la monarquía absoluta.

En general, la masa de los realistas, embriagada de júbilo ante la idea de tornar á ver á los Borbones, se cuidaba poco de las cuestiones constitucionales. Con tal de que se la devolviera el rey de otros tiempos, ya tenía lo suficiente. A la verdad, mejor le quería señor de todo como antes, que rodeado de trabas revolucionarias; pero al cabo con que se le restituyera de cualquier modo, se creía segura de volver á encontrar su felicidad pasada. No obstante, algunos personajes, mas avisados ó mas sutiles, tras de sistematizar sus preocupaciones, pretendían recuperar al rey *libre*, y á ningún precio le querían recibir cargado de trabas. Entre estos figuraba el abate de Montesquieu como uno de los principales. Así para el co-

mo para cuantos pensaban de igual modo, el rey era el único soberano, y la supuesta soberanía de la nación no era mas que una impertinencia revolucionaria. Sin duda el rey, que no tenía los ojos cerrados á la luz, podía de vez en cuando, cada siglo ó cada medio siglo, echar de ver que había abusos, y reformarlos, si bien de su propia autoridad, otorgando una *ordenanza reformadora*, la cual en caso de necesidad llegaría hasta modificar las formas de gobierno, pero nunca hasta enagenar el principio absoluto de la autoridad real. A mas no se extendían las concesiones de estos individuos; mas imponer condiciones á la soberanía del rey, soberanía de orden divino, procedente de Dios y no de los hombres, someterla á un juramento y no restituir la corona al soberano legítimo sino á esta costa, eran otros tantos actos de rebeldía y de insurrección, al decir de ellos.

No teniendo Mr. de Talleyrand ni tiempo ni afición para ocuparse en cuestiones de este linaje, y fiando además al Senado el cuidado de encadenar á los Borbones, dejó que el abate de Montesquieu se las hubiera con los senadores encargados de redactar la nueva constitución. Este abate filósofo y político no podía refrenar la cólera cuando se enuncia el principio de la soberanía nacional en su presencia. Sin embargo, no era tan ciego que se atreviera á sostener claramente el principio contrario, y, sobre todo, que esperara hacerlo prevalecer de ninguna manera, pues mas fácilmente se hiciera girar en sentido opuesto á nuestro planeta que inducir á los hombres de la revolución á reconocer que el rey solo era soberano; que la nación era súbdita, y no tenía otro derecho que el de ser

por el bien tratada, como los animales, por ejemplo, tienen el derecho de no ser agobiados con padecimientos inútiles por el hombre. Así, aun arrebatándose y alzando el grito contra esto ó contra lo otro, Mr. de Montesquieu no se atrevió á abordar la dificultad de frente, ni á poner en cuestion el principio de una especie de contrato entre la nacion y el trono. Pero tomó pie de la circunstancia de haberse hecho el Senado harto buen lugar en la constitucion futura, para desatarse respecto de este cuerpo en violencias y casi en injurias.—¿Quiénes sois vosotros, dijo á los senadores, para imponeros así á la nacion y al rey? ¿Pero qué otro título tendríais que una constitucion que acabais de echar abajo, ó una confianza que la nacion nos ha testificado, y que es de dudar que tenga en vosotros? ¿Al rey?... pero no os conoce, es mi soberano y el vuestro, vuelve por decretos providenciales, de que ni vosotros ni yo somos autores, y no tiene que sufrir condicion alguna por vuestra parte. ¿Limitar el número de pares! ¿No conceder al rey mas facultad que la de llenar las vacantes!... Pero eso es violar los principios de la monarquía constitucional, tales como se entienden en Inglaterra, país donde es mejor conocida; eso es hacer de la pairía una oligarquía omnipotente, contra la cual, no teniendo el rey la facultad de la disolucion como respecto de la segunda cámara, y privado de las promociones por consecuencia de la limitacion del número de pares, se hallaría impotente del todo. Así la pairía sería simplemente un soberano absoluto, y esa pairía seríais vosotros. Habríais llamado al rey solo para servir de velo á vuestra omnipotencia.—

Fuerza es reconocer que el abate de Montesquieu tenía razon sobre este último punto, pues limitar el número de pares equivalía á hacer la pairía omnipotente. Pero mostróse agresivo y aun impertinente, semejando como si dijera á los senadores, que se les podrian dejar á todos sus pensiones, á algunos sus asientos en la cámara alta, y que esto era cuanto se podia hacer en favor de una turba de revolucionarios, que ya no tenían el favor popular, que nunca tendrían el favor real, y que al destruir á Napoleon habian destruido á su único apoyo.

Bien pudieran contestar los senadores que, si no representaban al rey y á la nacion, por el momento nadie les representaba mejor que ellos, si bien con sus faltas y sus debilidades representaban algo mas de monta, la revolucion francesa; que eran los fieles depositarios de sus principios; que esto constituía una fuerza moral inmensa; que á ella juntaban otra fuerza de hecho, incontestable de igual modo, la de ser la única autoridad reconocida, con especialidad por los extranjeros omnipotentes en París; que tenían la corona en las manos; que la darian á condicion, y la negarian á los que pretendian recuperarla en el caso de que las condiciones no fueran de su agrado. Por desgracia entre estos hombres, cuyas opiniones eran tenaces, si bien su carácter estaba quebrantado, no habia quien fuese capaz de hablar con energia. En vez de responder se contentaron con obrar. Considerando á Mr. de Montesquieu como un arrogante precursor de otros mucho peores, se apresuraron á escribir lo que les convenia en su proyecto de constitucion, animados como estaban por la apro-

bacion secreta de Mr. de Talleyrand, y por la aprobacion poco disimulada del emperador Alejandro. Hay que añadir que estos altercados llegaron á su mayor vivacidad el 5 de abril, el mismo día en que los mariscales trataban en París la cuestion de la regencia de María Luisa, y en que los representantes del realismo eran presa de las mayores alarmas. Obtener en semejante coyuntura la proclamacion de los Borbones por el Senado, bajo cualesquiera condiciones, era una ventaja inestimable.—Acabemos ya, dijo Mr. de Talleyrand al abate Montesquiou, obtengamos de la única autoridad reconocida la exclusion de los Bonapartes y el llamamiento de los Borbones, y luego será tiempo de ver de desembarazarse de trabas molestas, ó de sufrirlas.—Acabad, dijo igualmente á los senadores, proclamad á los Borbones, porque Bonaparte os haria pagar vuestros actos del 4.º y del 2 de abril á muy caro precio. Proclamad á los Borbones, é imponedles las condiciones que sean de vuestro agrado. Si no son del suyo, ellos rehusarán la corona, pero no creais nada de esto. Antes bien la tomarán de cualquier modo, y habremos salido de manos del furioso que está en Fontainebleau.—Estos consejos, excelentes para aplazar las dificultades, muy insuficientes para zanjarlas, eran un medio de salir actualmente del apuro. Los siguió el Senado, y al día siguiente 6 de abril, mientras los mariscales regresaban á Fontainebleau para pedir la abdicacion pura y simple, votó la constitucion sobre las bases que dejamos expuestas.

El Senado en esta constitucion llamaba libremente al trono, bajo el titulo de REY DE LOS FRAN-

CESES; á Luis Estanislao Javier el hermano de Luis XVI, y le conferia la corona hereditaria; que no se debía ceñir este príncipe sino después de prestar juramento de observar fielmente la constitucion nueva; después establecia un rey inviolable, ministros responsables; dos cámaras, una hereditaria y otra electiva; con el Senado componia la cámara hereditaria, limitándola al número de doscientos miembros; lo cual dejaba unas cincuenta promociones á la corona por de pronto componia la cámara electiva con el Cuerpo legislativo actual hasta la renovacion legal del mismo; aseguraba á los miembros del Senado sus dotaciones, y á los del Cuerpo legislativo sus dietas; reservaba al rey todo el poder ejecutivo por entero, sin excluir el derecho de paz y de guerra; compartia el poder legislativo entre el rey y las dos cámaras; admitia una magistratura inamovible; consagraba la libertad de cultos, la libertad individual, la libertad de imprenta; mantenía la Legion de honor, las dos noblezas, las ventajas conferidas al ejército, la deuda pública; las ventas llamadas nacionales; y, por último, proclamaba el olvido de los votos y de los actos anteriores, etc. Estas disposiciones redactadas en términos sencillos, claros y bastante generales para dejar mucho que hacer al tiempo, se votaron el 6 por la noche. Se imprimió la constitucion el día 7, y el 8 se promulgó en los diversos barrios de la capital. Fuerza es decir que el efecto no fué satisfactorio. El Senado á quien se debiera apoyar vigorosamente, por ser el único que podia transmitir la corona de Napoleon á los Borbones, el único que podia representar en esta transmision á la nacion bajo

un título cualquiera, por desgracia este cuerpo á quien se debía apoyar por razones de tanto bulto, no era estimado, ni amado de nadie. Le acusaban los bonapartistas de haber levantado sobre su fundador una mano parricida; los amigos de la libertad, apenas despertados de un largo sueño, no le miraban mas que como á un servil instrumento de un insoportable despotismo; por último, los realistas sistemáticos, detestando en él á la revolucion y al imperio, se mostraban indignados de que osara surgir del seno de su oprobio para imponer condiciones al rey legítimo ¡y qué condiciones! las que sacaba de una revolucion aborrecida. Este era un acto de rebelion, de impudencia, de cinismo inaudito á sus ojos. Tambien recurrieron al medio mas cómodo y ya usado por Mr. de Montesquiou, y atacaron al Senado por su parte débil, acriminándole á la par que el público todo por el esmero con que habia atendido á sus intereses, al especificar el mantenimiento de sus dotaciones. Se acababa de soltar el freno á la prensa, no la de los periódicos, sino la de los folletos, única á la sazón en boga, y hubo un diluvio de escritos, de burlas amargas contra este Senado *conservador*, que solo habia sabido conservar sus dotaciones entre todo aquello de cuya conservacion estaba encargado. La codicia cogida de hecho es uno de los vicios con que hay siempre facilidad de hacer reir á los hombres, ordinariamente implacables respecto de las estravagancias de que se sienten mas atacados. De esta suerte provocóse contra el Senado una risa universal de desprecio. El público se dejó coger en el lazo, sin echar de ver que, riéndose de este cuerpo, se hacia cómpli-

ce de la emigracion, cuyos vicios eran entonces mucho mas de temer que los del Senado. Esta era una desdicha, que solo estaban en aptitud de avalorar los hombres pacíficos é ilustrados, siempre tan escasos en las revoluciones. Pero el público entero parecia como si dijera á los senadores, uniendo su voz á la de los realistas:—¡Desapareced con el soberano á quien no supisteis refrenar ni defender!—

Aunque todavía poco hábiles los realistas, pues acababan de salir de una larga inaccion, aspiraron á sacar algun partido del Cuerpo legislativo contra el Senado, si bien con éxito poco venturoso. No se hallaba reunido legalmente el Cuerpo legislativo, prorogado por Napoleon á consecuencia de su reciente manifiesto. Pero la legalidad no es un obstáculo en momentos en que se destrona á los soberanos, y este cuerpo se habia congregado en el mayor número que le fué posible, á fin de representar su papel en la nueva revolucion. Desempeñando ya el de protagonista el Senado, pues solo habia pronunciado la destitucion, solo llamaba á los Borbones, y los soberanos extranjeros le reconocian como la única autoridad existente, se tenia que reducir á ir detrás el Cuerpo legislativo, y estaba manifiestamente celoso. Aunque no se habia mostrado mas enérgico que el Senado y poseia menos luces, se habia ganado cierta especie de popularidad á causa de la conducta observada en el mes de diciembre próximo pasado, y adivinando los realistas sus celos, se aplicaron á adularle con la esperanza de que les pudiera ser provechoso. Sin embargo, estas intrigas no podian ser de gran trascendencia. A la sazón, reducido el Cuerpo legis-

lativo á pronunciar algunas palabras de adhesion á las importantes resoluciones que acababan de ser adoptadas, bien podia usar de lenguaje algo distinto que el del Senado, pero era incapaz de aventurar resoluciones divergentes del todo; y los Borbones iban á entrar ligados por la constitucion de 6 de abril, ó por otra casi parecida, que era lo esencial del resultado.

Mr. de Caulaincourt, particularmente encargado de estipular los intereses de Napoleon y de su familia, con dolor veia llegar á Paris un torrente de adhesiones, tan luego como cundió la nueva de la abdicacion pura y simple. Los mariscales Oudinot, Victor, Lefebvre, y una porcion de generales, se apresuraron á enviar su sumision al gobierno provisional. De igual modo obraron los mas de los ministros del imperio, reunidos en Blois alrededor de Maria Luisa, y el principe archicanciller Cambacères á su cabeza. Solo dejaron de hablar, porque aun no habian tenido tiempo, los gefes de ejército á la sazón distantes, el mariscal Soult caudillo del ejército de España, el mariscal Suchet del de Cataluña, el mariscal Augereau del de Lyon, el mariscal Davout del de Westfalia, el general Maison del de Flandes. Pero el gobierno provisional les habia despachado emisarios para intimarles de oficio, y rogarles oficiosamente que se adherieran al nuevo orden de cosas, patentizándoles la inutilidad y el peligro de la resistencia; y salvo quizá de uno, del mariscal Davout, cuya tenacidad de carácter era conocida, de todos se esperaban respuestas adecuadas á las circunstancias, y justo es decir que con buen fundamento, porque despues de la abdicacion de Napoleon no se concibe

qué interés público ni privado se hubiera podido alegar en apoyo de una resistencia prolongada.

Cada dia que pasaba, al hacer al gobierno provisional mas fuerte, hacia mas débil á Napoleon y á sus representantes mas dependientes de los negociadores con quienes iban á tratar de ajuste. Alejandro se lo advirtió lealmente á Mr. de Caulaincourt, y le aconsejó que se diera prisa, significándole que se daría por contento si á fuerza de emplear toda su autoridad lograba que se le concediera lo que le tenia prometido. Efectivamente, se clamaba en el campo de los soberanos y en los salones del gobierno provisional, contra la debilidad que habia tenido este monarca de conceder la isla de Elba, y de colocar así á Napoleon tan cerca del continente de Europa. Sobre todo habia un personaje recién llegado, el duque de Otranto, que con mision cerca de Murat durante la última campaña, se habia desesperado de estar ausente mientras se consumaba una revolucion en Paris, y de dejar que Mr. de Talleyrand se apoderara del primer papel de este modo. Menos idóneo que este personaje para tratar con los gabinetes europeos, se distinguia por mas apto para dirigir las intrigas en los grandes cuerpos del Estado, y de hallarse en Paris adquiriera de seguro una importancia casi idéntica á la de Mr. de Talleyrand. Condenado á no ser mas que la segunda figura, iba y venia, censuraba, aprobaba, aconsejaba y ponía el grito en el cielo contra la idea dar la isla de Elba á Napoleon, respecto del cual tenia tanto odio como miedo. De locura calificaba la generosa imprudencia de Alejandro, y á fuerza de moverse de un lado á otro, suscitó por sí solo una fuerte oposicion contra las con-

diciones prometidas al emperador caído. También á Austria le repugnaba conceder un principado en Italia á Maria Luisa, daba lugar á dudas acerca de su consentimiento respecto de Parma ó Placencia, y negábalo redondamente en punto á Toscana. Finalmente, el mismo gobierno provisional alegaba sus objeciones. No queria dejar á Napoleon el honor de estipular ciertas ventajas para el ejército, como la conservacion de la escarapela tricolor y de la Legion de honor, arguyendo que ya no le incumbian intereses de esta naturaleza, y cuestionaba también sobre las concesiones pecuniarias, y no tanto por lo que costarian al Tesoro, como por el reconocimiento del reinado imperial que parecia resultar de ellas. Pero Alejandro se explicó, no sin cierta especie de enojo, é hizo sentir á sus aliados que se le debian hartas obligaciones para que se le expusiera á faltar á su palabra. Así queria que se acabara sin demora. Pero se hacian aguardar monsieur de Metternich, dejado en Dijon cerca del emperador Francisco y eludiendo hallarse en Paris mientras se destronaba á Maria Luisa, y lord Castlereagh, no queriendo ser responsable ante las camaras inglesas de la vuelta de los Borbones, aun cuando la deseaba con ardimiento. Para el 10 de abril se anunciaba la llegada de estos dos ministros, y no era posible acabar sin su asistencia.

De pronto estuvo á pique de interrumpir la negociacion un ligero incidente, y de dar un giro nuevo del todo á los sucesos. Si en torno de Napoleon el valor de ciertas personas decaia de hora en hora, por el contrario, el de los mas se exaltaba á la vista de la debilidad general. Estos no recordaban que algunos dias antes habian participado de la comun

fatiga; que habian maldecido la ambicion exorbitante por la cual habia corrido tanta sangre sobre los campos de batalla, y se hallaban completamente bajo la impresion que les producía ver al grande hombre abandonado y casi solo en Fontainebleau. Sin duda algunos pensaban en su carrera interrumpida de repente, pero todos estaban con sinceridad sublevados contra la defeccion de Marmont y el carácter de ingratitud que habia tomado; se exaltaban contra la traicion y estaban dispuestos á lanzarse sobre sus gefes, á quienes se acusaba de ser autores de la abdicacion forzada del emperador. Con efecto, habia cundido el rumor de que los mariscales violentaron á Napoleon para obligarle á la renuncia del trono. A un hecho falso añadiense por menores mas falsos todavía, y muchas cabezas exaltadas no estaban lejos de arrojar á violencias verdaderas, represalias de violencias imaginarias, que se daban á divulgar de buen grado. Cuando Napoleon asomaba por el patio del palacio de Fontainebleau, muchos oficiales blandian sus sables y le ofrecian el sacrificio de su vida. Hondamente conmovido por estas manifestaciones, tornando al cálculo de las fuerzas que aun conservaban sus lugartenientes Soult, Suchet, Augereau, Eugenio, Maison, Davout, no pudo menos de experimentar en algunos instantes cierta pesadumbre y de una manera harto visible. Asociándose á este sentimiento los jóvenes tan generosos como irreflexivos que sentian doble entusiasmo hácia su persona, se entregaron en la noche del 7 al 8 á mayor agitacion que de costumbre. Especialmente los antiguos cazadores y granaderos de la Guardia, á la sazón en Fontainebleau, recorrieron las calles de esta peque-



ña ciudad dando gritos de *viva el Emperador!* ¡*mueran los traidores!* Amenazaron con pasar á cuchillo á los calificados de este modo, y pidieron precipitarse sobre París como desesperados. Sin embargo, despues de un instante de condescendencia, no previendo Napoleon en su razon fria que se pudiera sacar gran resultado de movimiento semejante, envió á sus mas fieles servidores para aplacar una efervescencia infructuosa, y esta emocion no fué mas que la última llamarada de una luz próxima á apagarse.

Uno de los oficiales que no participaban de estos condolimientos imprudentes y que temian su efecto, tuvo la vileza de denunciarlos á los aliados, añadiendo la falsa noticia de que Napoleon se habia escapado de Fontainebleau para irse á poner á la cabeza de los ejércitos de Italia, de Cataluña y de España (4). Cuando esta nueva llegó al estado mayor de los soberanos, causó la agitacion mas viva. Despues de la desercion del sexto cuerpo, involuntaria por parte de los soldados, empezó á cundir la desercion universal en las filas, y ya no le quedaban á Napoleon mas que unos cuarenta mil hombres. Estos cuarenta mil hombres, acaudillados por él y pudiendo ser sostenidos por el pueblo parisiense, causaban á los doscientos mil de los aliados que se hallaban dentro de París y á los cuales se iban á agregar otros tantos, un terror indecible, y no les dejaban reposo interin durara el estado de incertidumbre en que se hallaban por entonces.

(4) Mr. de Caulaincourt, que conoció al autor de la demanda, no le quiso entregar al desprecio de la posteridad, y negóse á estampar el nombre en sus recuerdos.

Pasando Alejandro alternativamente con la movilidad de su genio, de una extremada confianza á una extremada desconfianza, se creyó engañado por los representantes de Napoleon, y olvidando basta la lealtad de Mr. de Caulaincourt á pesar de serle tan conocida, supuso que la fidelidad hacia enmudecer á la sinceridad dentro de su alma, y que por consiguiente así él como los dos mariscales se hallaban en París con el fin de ocultar una gran maniobra militar. Quizá pudiera ser verdadera la suposicion algunos dias antes cuando fueron enviados por vez primera, y no habian empeñado su palabra, mas actualmente no era mas que una ilusion del miedo. Alejandro hizo llamar de seguida á los tres plenipotenciarios, les manifestó su disgusto y avanzó hasta decirles, que de seguir su primer impulso y los consejos de sus aliados, les mandara prender al golpe. Con altivez rechazó Mr. de Caulaincourt la sospecha de que eran blanco; dijo que tras el noble abandono acreditado por el monarca ruso al tratar con ellos, jamás se prestaran á ser cómplices ni de un ardid de guerra; sostuvo que se habia mentido indignamente á los monarcas aliados, y ofreció constituirse prisionero hasta que se aclarara el hecho. Alejandro no aceptó la oferta, y para demostrar que no habia concebido á la ligera tales desconfianzas, reveló acto continuo á Mr. de Caulaincourt la denuncia y el nombre del denunciador. Este mostróse indignado, y de comun acuerdo enviaron oficiales á Fontainebleau para que trajesen informes. Pocas horas despues tornaron estos oficiales con la fiel relacion de lo acontecido. Todo se reducía en suma á una especie de sedicion militar que se habia apacigua-